

PQ 7084

A5

v. 2

ANTOLOGIA

POETAS HISPANO-AMERICANOS

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO II.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCIÓN.

IV.

CUBA (I).

Fué de las tierras descubiertas por Colón en su primer viaje; y en las páginas de su Diario de Navegación quedó consignado con rasgos de espontánea poesía el

(1) Además de los numerosos trabajos que se citarán en el curso de este estudio, hemos tenido á la vista los muy importantes, muy completos y bien digeridos que ha remitido á la Academia Española la Comisión de Literatos Cubanos nombrada para este fin por el Gobernador general de la Isla, Teniente General de Ejército, D. Camilo Polavieja, en 1891. Complieron esta comisión los señores D. Nicolás Azcárate (Presidente), D. José María Céspedes, D. José de Armas y Céspedes, D. Saturnino Martínez, don José E. Triay, D. Rafael Montoro, D. Luciano Pérez de Acevedo, D. Ricardo del Monte, D. Domingo Figarola y Caneda y D. Manuel S. Pichardo (Secretario). No es fácil encarecer debidamente el esmero, el buen gusto, el método severo y el imparcial criterio con que la comisión cumplió su tarea, la cual se compone de dos partes diversas: una *Biblioteca Selecta Hispano Cubana de Prosistas*, que en esta ocasión no ha podido ser utilizada por las razones expuestas en el primer prólogo, pero que queda en la Academia para utilidad de los estudiosos y base de futuros trabajos; y una *Antología de Poesía Cubana*, con noticias biográficas de cada uno de los ingenios.

Nuestra colección estaba formada, y escrito nuestro prólogo, antes de conocer tan rico caudal de materiales, pero afortunadamente nos ha alcanzado el tiempo para aprovecharle, ya en adiciones, ya en rectificaciones.

De la Antología hemos excluido á los poetas vivos, y si en las composi-

TOMO II.

003060

asombro que le produjeron las bellezas del suelo y cielo de aquella isla. Pero el descubrimiento y conquista de la Española primeramente, y luego el de Yucatán y México, fueron haciendo olvidar ó dejando en puesto muy secundario á Cuba, por dirigirse á otra parte la corriente de emigración y la sed de aventuras. Tiene, pues, Cuba escasa y no muy interesante historia durante los tres primeros siglos de la dominación española; y ni su importancia comercial ni su brillante producción literaria comienzan hasta fines del XVIII, y más fijamente en el primer tercio del XIX, en que consumada la independencia del continente americano, vino á quedar Cuba como principal reliquia de nuestro vastísimo imperio colonial, y á ser atendida de un modo especial por nuestros gobernantes. Del régimen moderno de España en sus Antillas han solido formarse muy duros y apasionados juicios: no es del caso atacarle ni defenderle, pero como fieles historiadores hemos de consignar, que á despecho de la decantada tiranía militar, y á despecho de las guerras civiles, que han empapado de sangre aquel hermoso suelo, todavía Cuba, en poco más de ochenta años, ha producido, á la sombra de la bandera de la Madre Patria, una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, á la de cualquiera de los grandes Estados americanos independientes, y una cultura científica y filo-

ciones que insertamos de los muertos, no coincide siempre nuestra elección con la de la Junta Literaria de Cuba, algo ha de concederse al gusto individual, sin menoscabo de la altísima estimación que merecen esfuerzos tan meritorios y que tanto han de contribuir á la buena inteligencia entre los españoles de uno y otro lado de los mares.

La discreta noticia preliminar de esta compilación manuscrita, en que se trata de los orígenes de la poesía cubana antes de Zequeira y Rubalcava, fué obra del elegante crítico D. Ricardo del Monte.

sófica que todavía no ha amanecido en muchos de ellos. Sería temeridad atribuir tales progresos al lazo político que sigue uniendo á Cuba con su metrópoli europea, pero también sería insensato suponer en los españoles un propósito deliberado y tenaz de matar los gérmenes de civilización en sus provincias ultramarinas, cuando vemos florecer bajo el régimen autoritario de nuestros Capitanes Generales, no sólo la poesía con Heredia, Milanés, la Avellaneda y Luaces, sino la filosofía y las ciencias naturales y económicas con Varela, Luz Caballero, Saco y Poey. Es cierto que el espíritu general de los literatos y de los hombres de ciencia en Cuba ha solido ser sistemáticamente hostil á España y manifestarse francamente como tal; pero aun esto es indicio de no haber sido tan grande la represión de las ideas como se pondera, á no ser que supongamos muy torpes ó muy inhábiles á cuantos se han empeñado en atajarlas el paso é impedir su difusión. Y ciertamente que si comparásemos (dicho sea sin ofensa de nadie) el cuadro de la literatura y de la ciencia en la española provincia de Cuba, con el que ofrece la vecina isla de Santo Domingo ó las no muy distantes Repúblicas de la América Central, para no hablar de Bolivia y otros estados del Sur, quizá resultase muy dudosa esa virtud mortífera que se atribuye al régimen colonial. Y si extendiendo todavía más la consideración, reparamos que Cuba, con territorio relativamente tan exiguo, y con historia tan moderna, vale y representa en la historia del pensamiento americano, tanto como México, Colombia ó el Río de la Plata, y más que Venezuela, el Ecuador ó el Uruguay, quizá saquemos por última consecuencia que no tienen tanta razón algunos hijos de aquella isla para avergonzarse de

no haber sacudido el yugo de la *tiranía ibera* cuando se emanciparon los demás criollos, puesto que, á lo menos bajo el aspecto intelectual, no se ve que hubieran ganado mucho en el cambio.

Pero dejando á un lado tales disquisiciones, que son siempre muy resbaladizas y deben huirse cuidadosamente en obra que quiere ser de paz y concordia como la presente; y ateniéndonos al aspecto meramente estético, empecemos por consignar la penuria de la literatura cubana en todo el primer período de la dominación colonial. Nada importa á nuestro propósito averiguar si la raza indígena tenía ó no aptitudes poéticas y algún género de cantos, porque esta raza, como todas las que poblaban las Antillas, se extinguió completamente en los primeros días de la conquista, y no pudo dejar elemento alguno para la vida social de la colonia. Entre los conquistadores tampoco hubo quien celebrase las empresas del adelantado Diego Velázquez de Cuéllar, á quien, no obstante, Juan de Castellanos dió lugar en su panteón de *Varones Ilustres de Indias*, consagrándole íntegra una elegía, que es la séptima.

De los primeros y tímidos ensayos de la musa cubana puede encontrarse noticia, ya en el curioso libro de don Antonio Bachiller y Morales, *Apuntes para la historia de las letras y de la Instrucción Pública en la isla de Cuba* (1), ya en la erudita introducción que D. Antonio López Prieto puso en 1881 á su *Parnaso Cubano* (2).

(1) Habana, imprenta de *El Tiempo*, 1860.

(2) *Parnaso Cubano*. Colección de *Poesías Selectas de Autores Cubanos desde Zequeira á nuestros días, precedida de una introducción histórico-crítica sobre el desarrollo de la poesía en Cuba*. Habana, editor Miguel de Villa.

Téngase en cuenta también el *Estudio sobre el movimiento científico y lite-*

El poema más antiguo compuesto en Cuba, aunque no por autor cubano, de que dan noticia, es el *Espejo de paciencia* en octava rima, que escribió en 1608 Silvestre de Balboa Troya y Quesada, natural de la Gran Canaria y vecino de Puerto-Príncipe, con motivo de una invasión de piratas franceses en el puerto de Manzanillo. Transcribe este poema de circunstancias el obispo Morrell de Santa Cruz, en su inédita *Historia de la isla y catedral de Cuba*. Los fragmentos que hemos visto del poemita de Balboa denuncian á lo menos un versificador castizo y fácil, y no gongorino, á pesar del tiempo en que escribía. En elogio de su obra compuso un soneto el regidor de Bayamo, Juan Rodríguez de Cifuentes.

En el siglo pasado había, aun en el interior de la isla, algunos improvisadores que hacían fácil ostentación de su ingenio en décimas y romances, naturalmente afeados con resabios de mal gusto y con los vicios que nacen de la falta de estudio y comunicación literaria. Entre ellos se cita, principalmente, al médico y farmacéutico de la villa de Santa Clara, D. José Suri y Águila (1696-1762), que puso en verso los preceptos de su profesión, y que tenía además la rara habilidad de componer de repente *loas* para las procesiones y festividades religiosas, recitándolas delante de las imágenes. De estos romances laudatorios sólo hemos visto uno dedicado á la *Purísima Concepción*, que no sólo prueba la ardiente devoción del humilde poeta, sino la facilidad y donaire con que versificaba. En Santa Clara vivían por el mismo tiempo otros dos glosadores ó copleros de menos mérito, don

rario de Cuba, obra póstuma de D. Aurelio Mitjans. (Habana, imp. de A. Álvarez y Compañía, 1890.)

Mariano José de Alva y Monteagudo, y D. Lorenzo Martínez de Avileira. No mayores alientos parece haber tenido una poetisa habanera, anónima, que en tiempo de la invasión inglesa de 1762, compuso un poemita titulado: *Dolorosa y métrica expresión del sitio y entrega de la Habana*, que se conserva manuscrito en nuestra Academia de la Historia. Una relación del mismo acontecimiento en décimas prosaicas y ramplo-nas escribió el presbítero D. Diego de Campos, mientras que en España celebraban con más numen el heroísmo de Velasco y González algunos poetas nuestros, descollando entre ellos D. Nicolás Fernández de Moratín, aunque en esta ocasión no estuviese tan inspirado como en otras (1).

Al siglo XVIII pertenecen hechos tan decisivos para el progreso de la cultura habanera, como la fundación de la Universidad y el establecimiento de la primera imprenta. La Universidad fué erigida por Bula de Inocencio XIII en 12 de Septiembre de 1721, con los mismos privilegios y gracias que tenía la de Santo Domingo: la cédula Real de aprobación es de 5 de Enero de 1728 y los Estatutos de 27 de Julio de 1734. Pero dedicada especialmente á la enseñanza de Teología y Cánones, no pudo sentirse su influencia en los progresos de la amena

(1) Como poeta improvisador y jocoso obtuvo celebridad, á mediados del siglo XVIII, Fr. José Rodríguez, más conocido por el pseudónimo de *Capacho*, de quien se citan unas décimas dando cuenta de su viaje á México, otras sobre las excelencias del número *siete*, un *Vejamen á la Universidad*, etc., etc. Pasa también por autor de la más antigua obra dramática escrita en Cuba: *El Príncipe jardinero y fingido Cloridano*; pero si hemos de estar á la autoridad muy respetable en estas materias de don Cayetano Alberto de la Barrera, esta comedia es de D. Santiago de Pita, y con su nombre la hemos visto en ediciones sueltas del siglo pasado.

literatura; ni tampoco era institución destinada á fomentarla el Colegio Seminario de San Carlos y de San Ambrosio, fundado en 1689, con dotación pobrísima, y que sólo comenzó á tener importancia en el breve período en que se encargaron de él los Padres de la Compañía de Jesús (1), adquiriéndola mayor después de la reorganización que de él se hizo en 1769 con estudios bastante amplios de Gramática, Retórica y Filosofía Racional y Experimental, que protegió y fomentó luego en gran manera el insigne obispo D. Juan José Díaz de Espada y Landa, bajo cuyos auspicios la filosofía moderna hizo su entrada triunfal en las aulas de la Habana con los presbíteros D. Félix Varela y D. José Agustín Caballero.

Una sola imprenta, la de la Capitanía General, existió al principio, y no con grande actividad, á lo menos en materia de papeles literarios (2). No se conoce ninguna edición anterior á 1720. Los orígenes del periodismo se remontan al año 1790, en que comenzó á publicarse *El Papel Periódico*, en cuya redacción tomó parte alguna vez el capitán general D. Luis de las Casas (fundador de la Sociedad Económica), y colaboraron activamente el ya citado presbítero Caballero, el médico propagador de la vacuna, D. Tomás Romay, y el poeta Zequeira, de quien hemos de hablar inmediatamente. Los versos de *El Papel Periódico* suelen llevar pseudónimos como los de *Filesimolpos*, *Ismael Raqueme*, el *Luisiano*; y aun-

(1) Véase la excelente *Vida del presbítero D. Félix Varela*, por José Ignacio Rodríguez (Nueva York, 1878).

(2) Dicen que en Santiago de Cuba se introdujo la imprenta en 1698; pero debió de durar poco, y no conocemos, ni aún en cita ó referencia, ningún impreso de aquellas oficinas. Se restableció en 1792.

que, por lo general prosáicos y triviales, no dejaban de tener alguna cosa estimable conforme al gusto del siglo XVIII, ni desmerecían mucho de los que se estampaban en los periódicos literarios de México, Lima y Santa Fe de Bogotá, como primicias de la cultura americana. Una especie de noble emulación y generoso entusiasmo reinaba entonces entre nuestras colonias, y los progresos en la enseñanza y en los métodos eran tan patentes, y tan vivo en las clases acomodadas el anhelo de instruirse, que Humboldt notó con sorpresa el nivel intelectual á que había ascendido la sociedad de México y la de Caracas.

El padre del periodismo en el Virreinato de Nueva Granada fué precisamente un cubano; Manuel del Socorro Rodríguez, antiguo carpintero de Bayamo, mulato según dicen, literato y artista *autodidacto*, que llegó á ser bibliotecario de Bogotá, y fundó allí, en 1791, *El Papel Periódico* de Santa Fe, en 1806 *El Redactor Americano*, y en distintas fechas otras publicaciones con que contribuyó mucho á la general cultura. Fué también versificador fecundísimo y bastante correcto, aunque extraordinariamente prosaico. Vergara (1) le atribuye más de seiscientas poesías entre impresas y manuscritas. Yo no he visto sus poemas *Las Delicias de España*, y *El Triunfo del Patriotismo*, pero en cambio poseo, gracias á la buena amistad literaria de D. Miguel Antonio Caro, una vastísima colección de epigramas inéditos de Rodríguez sobre todo género de asuntos, así literarios como políticos y morales. Algunos no carecen de gracia, y todos ellos dan completa idea del gé-

(1) *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, páginas 232 á 238.

nero de poesía casera en que principalmente descollaba Rodríguez.

Esta poesía abundó bastante en Cuba, y según el testimonio de los Sres. Bachiller y Morales y López Prieto, muy conocedores de las antiguallas literarias de la isla, es frecuente encontrar en las colecciones de papeles varios «ridículas letrillas, sátiras más ó menos intencionadas, pésimos sonetos y groseros epigramas», en suma todo género de composiciones baladíes, destinadas á dar pábulo á la murmuración y á entretener el ocio de las tertulias en tiempos en que la vida tenía tanto de insípida y monótona. Pero ya en las odas y églogas de *El Papel Periódico*, de la Habana, se ve el intento de dar á la poesía más elevado empleo; y algún infeliz ensayo épico del mismo tiempo como *Las glorias de la Habana*, del Conde Colombini (entre los arcades de Roma *Aufidio Pileyo*), también manifiesta (1) noble tendencia á enaltecer los progresos del comercio y de la industria, las tareas de las Sociedades Patrióticas, el desarrollo de la Beneficencia; temas muy del gusto del siglo XVIII, y ciertamente más humanitarios que poéticos, pero de todas suertes más laudables que la décima chocarrera, ó el vergonzante libelo, ó las mil fruslerías y nonadas en que otros empleaban miseramente el arte de versificar.

Hasta ahora hemos encontrado versos y no poesía. Los dos primeros poetas de Cuba, rigurosamente hablando, son el coronel D. Manuel de Zequeira y Arango y D. Manuel Justo de Rubalcava, cuya apari-

(1) Este poema, ya muy raro, se imprimió en México en 1798: las notas son interesantes.

ción puede decirse que coincide con el gran sacudimiento político de 1808, que desde la Metrópoli se propagó tan rápidamente á las colonias; si bien en Cuba no produjese por entonces más efecto que el de avivar y enardecer el entusiasmo patriótico, del cual estos y otros poetas de menos nombre se hicieron intérpretes, publicando gran número de versos inspirados por los triunfos y reveses de la causa española durante la guerra de la Independencia, á cuya santa causa servían también con ardientes papeles en prosa el célebre médico Romay y otros escritores políticos.

La obra literaria de Zequeira y Rubalcava en Cuba, fué de algún modo análoga á la del P. Navarrete y sus discípulos en México, si bien en los cubanos se observa en general entonación más robusta y grandilocuente, y mayor tendencia al cultivo de la oda heroica que al de la poesía moral y filosófica. De los dos poetas, Zequeira es el más notable, y á haber nacido en otra época, con más ocasiones de completar su educación literaria y purificar su gusto, se hubiera levantado bastante de la medianía, de que hoy no es posible sacarle, á pesar del número, valentía y entusiasmo bélico de sus cantos. Era, ante todo, un ferviente patriota, español hasta los tuétanos, como lo eran aún todos los cubanos en aquella época feliz. Este vigoroso sentimiento de raza es el alma de sus creaciones, ora describa en octavas reales la *Batalla naval de Cortés en la Laguna de México*, ora enaltezca, remedando la pompa de Quintana y de Gallego, el *Dos de Mayo* y el *Primer sitio de Zaragoza*. Falta mucho á estas composiciones para la perfección clásica, pero no le falta á Zequeira el *os magna sonaturum*; y de todos los cubanos anteriores á Heredia,

es, sin duda, el más poeta. El canto épico, aunque desigual, se recomienda por algunas brillantes descripciones, pero en las odas hay inspiración más sincera, estilo más hecho, y cierta férvida animación en el conjunto. ¡Lástima que estas composiciones versificadas en general con tanto brío no estén inmunes del vicio que ya hemos notado en los poetas mexicanos del mismo tiempo, es á saber, de algunos resabios de pronunciación americana, de donde resultan endecasílabos que positivamente no lo son si se leen como es debido, por ejemplo, este que viene á estropear una de las mejores estancias de *El Dos de Mayo*:

Cual sobre pálidos espectros huella.....

En otro género ha sido muy celebrada una oda horaciana de Zequeira, *Á la Piña*. «Apolo la inspiró y la embellecieron las Gracias», dice Luaces, y otro literato cubano llevó la hipérbole hasta compararla con un *poemita griego*. Nosotros la encontramos bastante clásica y más sobria de lo que pudiera esperarse de la habitual manera de su autor, pero no quisiéramos ver en ella ni *la odorífera planta fumigable* (hablando del tabaco), ni *el dulce zumo del sorbete indiano*, ni las delicias *recopiladas* en el néctar de la piña, ni mucho menos el llamarla *obelisco rural*; rasgos prosaicos unos, gongorinos otros, é incompatibles todos con la idea de la pureza clásica (1).

(1) Nació D. Manuel de Zequeira y Arango en la Habana, el 28 de Agosto de 1760, é hizo sus estudios en el Seminario de San Carlos. Desde 1780 se dedicó á la carrera de las armas, sirviendo primero en el regimiento de infantería de Soria. En 1815 era Gobernador militar y político de Santa Marta, y en 1816 Teniente de rey de la plaza de Cartagena de Indias. Cuando su ca-